

## PARA QUE NO CAIGA EN EL OLVIDO. HISTORIAS DE LA HUERTA.

Mi padre levantó la vista de las hojas que sostenía entre las manos y nos miró de reojo. Mi hermano y yo habíamos escuchado silenciosos y bien atentos la lectura de aquella noche. Sonrió y las dejó encima de la mesita.

– ¿Que os ha parecido, os ha gustado?

Todavía me acuerdo de aquella noche.

-----

Mi padre llevaba toda la vida viviendo aquí, en La Condomina. Llegó siendo un niño. Y siempre que podía nos contaba anécdotas de sus vivencias de aquella época. Decía que desde la antigua carretera que iba de Alicante a la playa de San Juan, la carretera de La Condomina, se veía todo lo que fue la antigua huerta de Alicante. Sin edificios ni construcciones, hasta más allá de donde alcanzaba la vista. A mi me parecía que exageraba, pues costaba creer que en aquel lugar lleno de calles y urbanizaciones, hubiese existido alguna vez una rica huerta. Él por supuesto tampoco llegó a verla como tal. Eso fue mucho tiempo atrás.

Siempre que teníamos oportunidad nos llevaba con él por las zonas que todavía no habían sido urbanizadas, que eran pocas. A través de un antiguo camino llamado Camino de Benimagrell, nos adentrábamos en antiguos bancales abandonados que habían sobrevivido a la especulación y urbanización, y nos demostraba señalándonos viejos olivos, algarrobos, higueras, antiguas acequias, e incluso viejas balsas, que sí, que en algún tiempo eso fue una hermosa huerta. También nos hablaba de la importancia que tuvo el vino en esta zona. Viejos viñedos ocupaban grandes extensiones y de ellos se obtenían caldos muy apreciados dentro y fuera de nuestras fronteras. El Aloque era uno de ellos. Por no hablar del Fondillón. Mi padre se emocionaba hablando de este vino, reconocido en el mundo entero y que llegó casi a desaparecer. Siempre había una botellita en su casa. Hoy, también en la mía. Pero eso es otra historia.

En una de esas primeras ocasiones que nos llevó por allí, mi hermano y yo nos fijamos en una vieja torre a lo lejos. Mi padre se quedó mirándola, pensativo.

- El origen de estas torres es básicamente defensivo -nos dijo-. Para protegerse de las agresiones de los piratas berberiscos que desembarcaban en la costa. Aunque os parezca peliculero, hubo numerosos ataques por parte de estos en todo el litoral. Y esta zona no se libró.

Volvió a fijar la vista en la torre y nos dijo ensimismado.

– En llegar a casa voy a buscar una cosa. Si la encuentro os contaré una historia.

Y sin mediar más palabra continuamos el paseo.

Cuando llegamos a casa mi padre se encerró en su despacho, y al cabo de media hora salió con unas hojas de papel y una sonrisa en la cara.

– Esta noche os voy a contar un relato.

Mi hermano y yo sonreímos y estuvimos esperando ansiosos el momento.

Llegada la noche, mi padre encendió una lamparita, cogió una silla y se colocó a nuestro lado.

- Bien sabéis que siempre me gustó como a cualquier chaval la aventura -dijo rememorando el pasado-. Ocurrió que en una ocasión, yendo en bicicleta por los viejos caminos de La Condomina me fijé en una alta torre. Vi que la entrada estaba entreabierta y como atraído por ella me asomé. El interior estaba oscuro. Era una estancia cuadrada, no muy grande, y en una de las esquinas había una escalera helicoidal que subía a la planta superior. Fascinado decidí ascender por ella. La planta de arriba también era diáfana. Por un pequeño ventanal entraba algo de luz. Iba a continuar el ascenso a la siguiente planta cuando de repente oí un ruido arriba. De pronto reaccioné, ¿pero que estaba haciendo, pensé, estaba internándome en una propiedad privada?. Que imprudencia. Me di media vuelta rápidamente, y cuando iba a descender por la escalera tropecé y caí rodando. Todo se nubló.

Cuando desperté estaba en un viejo sillón y al lado había un anciano que me preguntó si estaba bien. Respondí que sí, y que lamentaba haber entrado así en su propiedad. Le expliqué que solía ir en bici por allí y que sin saber por qué me había sentido atraído por la torre. El anciano sonrió y me dijo que no pasaba nada, que eran cosas de la edad. Pero si tanto me gustaba la torre y su entorno me contaría una historia que ocurrió hace muchísimos años aquí, en la antigua huerta alicantina. Esto es lo que escribí tras aquel encuentro.- dijo mi padre nostálgico y fijándose en las hojas que tenía entre las manos.

*El anciano de la torre cerró los ojos y comenzó a contarme.*

*-La historia se sitúa durante el siglo XVII. Un rico propietario vivía en una de las numerosas fincas que se distribuían por toda la huerta. Bajo su servicio tenía entre otras personas a una mujer, y su hijo de siete años. Ella se dedicaba a las labores de la casa, y su hijo ayudaba en lo que podía a los adultos que cultivaban las tierras. Una noche de verano, terminada la jornada, estaban todos fuera reunidos y tomando el fresco. El chico que se llamaba Hernán, jugaba por los alrededores. De pronto sonó una voz de alarma lejana, todos se pusieron de pie, sabían lo que significaba. ¡Piratas!*

*Estos habían desembarcado en la costa para saquear lo que pudiesen, y raptar y vender como esclavos a quienes lograsen capturar. El amo de la finca ordenó a todos que entrasen en la torre anexa a la casa, la madre del chico se puso a llamarlo nerviosa, pero el chico no aparecía. Iba a alejarse para buscarlo cuando algunos hombres la cogieron. Los piratas estaban cerca, el dueño iba a cerrar la torre y si se quedaba fuera dios sabe lo que le harían. Gritando e intentando escapar de los brazos que la arrastraban seguía llamando a su hijo Hernán. La puerta se cerró ahogando sus lamentos.*

*Los piratas arramblaron con lo que pudieron.*

*Al día siguiente cuando se aseguraron que habían marchado, abrieron la puerta. La mujer salió corriendo y llamando a Hernán, pero su hijo no apareció. La terrible sospecha se confirmó cuando al atardecer varios vecinos de la huerta se reunieron para hablar de lo sucedido y aseguraron que habían visto como llevaban a un chaval a rastras hacia la playa.*

*La mujer nunca fue la misma.*

*Durante todos los atardeceres de los años siguientes cuentan que se acercaba a la playa y se quedaba mirando al horizonte, con la esperanza de que apareciesen los mismos piratas y se la llevaran también a ella. Con su pequeño hijo.*

*Los años pasaron. Y una noche oyeron aquella misma alarma, pero esta vez no les dio*

tiempo a reaccionar. Antes de poder atrancar y hacerse fuertes en la torre los piratas los habían rodeado. Entre ellos había uno más alto que el resto, moreno y con profundos ojos oscuros. La mujer se le quedó mirando, absorta. Los otros piratas golpeaban a los hombres y los ataban, mientras que aquel permanecía quieto, observando, buscando a alguien. Uno de ellos que sostenía por los brazos a la mujer, gritó: -¡Hernán! Deja de contemplar, y échanos una mano para reducir a estos cerdos!.- Entonces de los ojos de la mujer cayó una lágrima. Aquel pirata de ojos oscuros sacó la espada, se dirigió lentamente hacia el hombre que retenía a la mujer, y sin mediar palabra se la clavó en el corazón. Con un rápido movimiento y sin dejar que los demás pudiesen reaccionar fue acabando uno por uno con los que hasta ahora habían sido sus compañeros. Nadie se podía creer lo que estaba ocurriendo. Con el último de los piratas agonizando sobre la tierra se acercó a aquella mujer, la desató, y la llamó "madre" mientras la abrazaba.

Sí. Aquel muchacho alto, moreno, y de profundos ojos oscuros era su hijo. Al que secuestraron y vendieron como esclavo hasta en tres ocasiones. Acabando en un barco a las órdenes de un temido pirata y llegando a ser por caprichos del destino su mano derecha.

Había vuelto sí, pero no para quedarse.

Cuentan que el muchacho había jurado en vida acabar con los que truncaron su tranquila existencia en aquel precioso lugar, la huerta alicantina.

Se hizo con el barco y los tesoros que su bodega albergaba. Formó una tripulación y marchó por los mares en busca de sus captores y acabar con cuantos piratas malnacidos se encontrase.

Procuró desde la distancia que a su madre no le faltase de nada. Pero no se dio cuenta que siempre le faltó lo que más anheló, su propio hijo.

El anciano hizo una pausa y se quedó abstraído.

- Dicen que muchos años después, un barco arribó a la pequeña playa de la Albufereta. Que de él bajó un corsario, y se dirigió a una finca con una alta torre. La finca había sido adquirida recientemente por una rica y posicionada familia alicantina. Dicen que fue tal la cantidad de oro que ofreció por aquella, que no pudieron negarse. Dicen que construyó una ermita y dicen que enterró en ella a una mujer que años atrás había muerto en aquel mismo lugar. Dicen...

El viejo calló, y me miró. Yo estaba absorto ante aquella historia.

- ¿Qué, qué más se decía de aquel corsario?- pregunté.

- Dicen que el odio y la venganza le impidieron regresar antes.- me contestó con la mirada triste.- Y que se quedó allí hasta el fin de sus días, porque ese era su lugar, su tierra.

Yo quería saber más.

- ... y dicen que murió solo.

El anciano pareció muy cansado de repente y susurró- Es tarde, debes irte.

Antes de subir las escaleras se giró y me preguntó- ¿Te ha gustado el relato muchacho?. Pues escríbelo, escríbelo para que no caiga en el olvido.

- Si, claro- mascullé- pero ¿como se llamó usted?

- Hernán. Hernán es mi nombre.- y desapareció entre las sombras.

-----

Hacía mas de dos horas que mi padre había terminado de contarnos aquella historia. Yo no podía dormir y con una pequeña luz había leído y releído aquel relato. Entonces oí como se abría la puerta de mi habitación. Mi padre se asomó por ella.

- ¿Todavía despierto?- me preguntó.
- No puedo dormir, no se por qué pero me gustaría saber más.

Mi padre se sentó al borde de la cama mientras comprobaba que mi hermano mayor ya dormía.

- Yo también quise saber más -me dijo en voz baja. Te voy a contar algo que a nadie he contado. Ni siquiera a vuestra madre.  
Al día siguiente volví. Quería ver de nuevo a aquel anciano y preguntarle más sobre aquella historia. El relato me había cautivado. Y por qué no decirlo, la figura de aquel viejo había despertado en mi cierta compasión. En su mirada vi tristeza y soledad.  
Cuando llegué, comprobé extrañado que en la entrada a la torre no había puerta, y la torre parecía más vieja. Entré con cautela y lo que vi a continuación todavía no lo entiendo. La estancia estaba totalmente derruida, llena de escombros. La escalera del fondo estaba en tan mal estado que era imposible ascender por ella. Llamé al anciano en voz alta, pero nadie me contestó. Salí al exterior totalmente desconcertado y casualmente vi a una persona que paseaba. Le pregunté si vivía cerca y si me podría decir si conocía al anciano que vivía en la torre.  
El hombre me miró extrañado y me respondió con recelo – Nadie vive ahí. Esa torre está abandonada desde quien sabe cuando.

Mi padre se quedó en silencio, meditabundo. Me miró, se encogió de hombros y me besó en la frente.

- Venga- me susurró- es hora de dormir.

-----

Todavía me acuerdo de aquella noche.

Y todavía conservo aquella historia. Para que no caiga en el olvido. Historias de la huerta.